

LA DERECHA GANA LA CRISIS

SUÁREZ, finalmente, tomó el bisturí y amputó la gangrena —parte de la gangrena, hay más— que podría haberle costado la vida gubernamental. Se fue la parte que quedaba de centro en su Gobierno: la teoría profesoral de Fuentes Quintana, la utopía laboral de Jiménez de Parga... Todo aquello que había inspirado una confianza —¿pueril?— a los partidos de la oposición firmantes en la Moncloa. No es fácil disminuir el alcance de la crisis para reducirla, en el sentido franquista, a un "relevo" o una operación de coherencia política del partido gubernamental, que pueda hacer exclamar al portavoz oficial del Gobierno, Fernando Onega: "A partir de hoy estamos ante un Gobierno totalmente de UCD"; pero Rodríguez Sahagún no es de UCD, sino que representa sectores muy militantes y muy activos del patronato; Gutiérrez Mellado no es de UCD. Queda más firme, eso sí, y con más poder, el "equipo de hierro" de UCD, lo que algunos llaman "la empresa": un Abril Martorell por el que ya pasaban todos los hilos conductores de la política gubernamental, que se convierte ahora en vicepresidente segundo para Asuntos Económicos, y quedan Martín Villa, Landelino Lavilla, Otero Novas, Sánchez de León, a los que viene a sumarse otra gran figura, portadora de poder, como es la de Salvador Sánchez Terán. La "machinery", que dicen los americanos, la maquinaria del partido no pierde poder. Pero no es exacto que todo pueda quedar reducido a lo que define "ABC": "No estamos ante una crisis de Gobierno, porque el Gobierno conserva su mayoría parlamentaria y porque el Gobierno no ha dimitido. Estamos, seguramente, por vez primera, ante un cambio en el Gobierno". Tampoco puede aceptarse la breve declaración de principios que hace pública la Presidencia del Gobierno al comunicar los nuevos nombramientos: "... dentro de una línea de asegurar en el mayor grado de coherencia la más escrupulosa ejecución y cumplimiento de los pactos de la Moncloa y del programa del Gobierno"... La realidad es que estamos en una crisis de gran envergadura: de una crisis política que se produce como consecuencia de una crisis económica que no se ha sabido conjurar. La realidad es que el Gobierno se aleja del centro y se inclina hacia la derecha: Adolfo Suárez no ha conseguido atraer a la derecha a su propio terreno, y ha tenido que ceder y entrar en el terreno de la derecha.

TODO un cuerpo de altos intereses económicos han ejercido su presión y son capaces de mucha —sobre todo, cuando van unidos— para evitar lo que consideraban su desastre, que identifican con el

del país. Con alguna razón: nada se había hecho para que el sistema económico de la iniciativa privada cambiase, nada se había intentado siquiera para sustituir la economía capitalista que estructura absolutamente a España. La quiebra de esta estructura, sin un sistema de recambio posible —ni siquiera los partidos de izquierda habían ofrecido todavía un programa económico que supusiera una estructura de recambio—, podría



representar la quiebra de toda la economía española. Los sectores implicados en el manejo, utilización y empleo del capital en todos sus niveles, desde el puro dinero —si se puede aplicar al dinero una condición de pureza— a las grandes empresas nacionales, pasando por el pequeño empresario y el comerciante a todas las escalas, estaban en contra de la política económica del Gobierno. Una serie de episodios de toda índole se han sucedido en estos últimos meses: desde el asunto del Banco de Navarra hasta la suspensión de pagos de una empresa gigante como es Babcock Wilcox. La rápida ayuda del Banco de España al Banco de Navarra y

la consolidación bancaria al colega en apuros no ha evitado que haya un movimiento de pánico en el sector bancario y, lo que es peor, en su clientela. Y una suspensión de pagos en una empresa de la magnitud de Babcock Wilcox, que podría traducirse en el final definitivo de su actividad, que produciría un desastre en pequeñas —relativamente— empresas afines y en la desaparición de miles de puestos de trabajo, no es tan fácil de contener. Estos hechos tan visibles, más otros de carácter diario, constituyen la más grave amenaza contra el Gobierno. Los portavoces de los sectores que se consideraban agredidos no han cesado de advertirlo, incluso de estar en pie de guerra. Reuniones como la de los empresarios en el Palacio de Congresos y Exposiciones de Madrid, después de la de Barcelona, eran formas de presión sobre el Gobierno. No olvidemos que en estas reuniones, y que en una campaña de acción por todo el país, Rodríguez Sahagún ha llevado en gran parte el peso de la ofensiva (aunque, más al fondo, haya otros personajes, otras fuerzas), y que Rodríguez Sahagún ha entrado ahora en el Gobierno en una cartera clave, la de Industria y Energía. Tan clave como que se le atribuye ahora la causa más visible de la crisis, su punto de vista acerca del Plan Energético Nacional. La discrepancia de Fuentes Quintana con el anterior titular de Industria es antigua: pero no puede considerarse como decisiva en este caso.

LA "interpretación" de Suárez del pacto de la Moncloa no entraba en la cámara de admisión de todo este conjunto de poder económico. No entraba, en realidad, el pacto en sí. Lo cual no es fácilmente confesable, puesto que Suárez tuvo la habilidad de presentarlo como un consenso nacional de los partidos, desde la gran derecha de Alianza Popular hasta el comunista y el socialista, y como una posibilidad de aliviar a las empresas de la otra presión que existe, la presión social. La oposición abierta y clara del sector empresarial al pacto en sí hubiera sido impopular y hasta casi antipatriótica, dado el carácter de "salvación" y el llamamiento al "sacrificio colectivo" en que se envolvía.

SIMULTANEAMENTE, los sectores sociales y los partidos de la izquierda se están volviendo también contra la "interpretación" del pacto. El desempleo crece incesantemente, la inquietud laboral aumenta. Quizá la celebración de las elecciones sindicales ha puesto una pausa en un movimiento reivindicativo general —los trabajadores esperan la implantación de los delegados elegidos por ellos y la capacidad de diálogo de estos delegados con las empresas, que ahora ya no podrán pretextar la falta de "interlocutores válidos"—, pero va a surgir en cualquier momento. Una de las posibilidades que abre el importante cambio ministerial es la de un endurecimiento de los sectores del trabajo en vista de la inclinación del Gobierno hacia los sectores del capital.



Trabajadores de la Seat se manifiestan en la plaza de España, de Barcelona, contra el expediente de regulación de jornada en su empresa.

LA realidad es que las cosas distan mucho de ir tan bien como ha estado manteniendo Suárez. En el coloquio sostenido en Madrid por el diario londinense "Financial Times", Suárez anunciaba que los primeros resultados del plan económico eran ya favorables, y el propio Fuentes Quintana cifraba estos resultados optimistas en la contención de la inflación (16 por 100 para 1977, en 1976 fue del 26 por 100), en la reducción del consumo y en el aumento de la balanza exterior (en 1977 hubo un superávit de 707 millones de pesetas, mientras que en 1976 hubo un déficit de 2.371 millones de dólares: cifras del Banco de España). Sin embargo, Fuentes Quintana no dejaba de señalar el aumento del paro (cifras de procedencia empresarial lo sitúan en un 6,5 de la po-

blación activa y contraponen que en los peores momentos del franquismo no llegó nunca al 3 por 100) y el descenso en la productividad. Todo esto se destilaba el día 22 por la mañana, el 24 por la noche se había producido la crisis del grupo económico del Gobierno.

LO cual supone un grave mentís al optimismo externo. Está claro que Fuentes Quintana no se hubiera ido si su plan hubiese funcionado y tuviera posibilidades de seguir funcionando. El Plan Fuentes, asumido por el Gobierno, tenía un grave defecto inicial: su condición de teórico, su distanciamiento de la realidad, el escaso cálculo de la entropía que lo iba a desfigurar en cuanto se pusiera en práctica. Fuentes, que gozó en principio del apoyo de todos los sectores —tiene una fuerte irradiación personal y un prestigio bien ganado en una cátedra por la que han pasado todos los economistas que hoy militan en los partidos políticos, incluyendo la UCD—, trató siempre de defender su plan con la amenaza de la dimisión. Varias veces ha estado a punto de ejercerla, si creemos los rumores que se han ido produciendo. Cuando ha traspasado ese límite es porque no ha visto ya la posibilidad de defender su plan. Su permanencia como asesor especial del presidente Suárez, dentro de esa corte fantasmal de asesores que se ha creado en la Moncloa, no puede tener ningún significado real. No podía ser mejor asesor del presidente que desempeñando la vicepresidencia económica del Gobierno, con la capacidad ejecutiva, y la ha perdido.

LO que significa todo esto es muy importante. Significa que el plan económico que venía manteniendo, como podía, el Gobierno desde julio de 1977 ha ce-

sado de existir en sus líneas maestras. Significa que lo que quedaba del pacto de la Moncloa, que había producido el famoso "consenso" entre los partidos representados en el Parlamento, ha quedado destruido. Significa que entre las posibles inclinaciones hacia la izquierda para defenderse de una derecha acuciante y en busca de una estructura orgánica que destruyese la UCD y la inclinación hacia la derecha, el presidente Suárez ha optado por ésta. Y significa que en plena crisis de política, de economía y, en general, de país, muchas cosas van a cambiar. O que se van a poner a discusión muchos de los procedimientos actuales.

TODO ello puede tener una ventaja: la de un esclarecimiento de la situación. Un Gobierno de la derecha, creado por la derecha, heredero de la derecha, no va a poder seguir disfrazado de centro. Y que los partidos de la oposición tendrán que recuperar toda su libertad, y podrán denunciar —ya lo ha hecho Felipe González, ya lo ha iniciado Santiago Carrillo— el carácter claramente derechista del Gobierno. Puede significar que la estructura capitalista del país deje de sentirse hostigada por un Gobierno capitalista y haya una coherencia política mayor: veremos qué frutos, dulces o amargos, puede dar. Y puede significar algún cambio importante en el reparto de la opinión pública con vistas a unas elecciones. Con razón Suárez no quería perder la cara de centro y de pacto de la Moncloa, no quería abrir la crisis ministerial hasta después de las elecciones, y su premura por adelantarlas estaba en relación con todo. No ha conseguido contener la crisis. Puede pagarla en las elecciones, si no se aplica ahora a retrasarlas. Es su primer gran fracaso. ■

